SALOMÓN KALMANOVITZ

Una autobiografía intelectual

ESTUDIOS

Llegué en 1960 a la Universidad Industrial de Santader, en Bucaramanga, y me enrolé en Ingeniería Química. Estudié allí algunos semestres en una álgida atmósfera de activismo estudiantil, que alcanzó a politizarme, cosa que no gustó mucho a mis padres. Los sucesivos cierres que hubo en la época los llevaron, por fin, a apoyar mi aspiración de estudiar en Estados Unidos, adonde fui en 1963. Entré a la Universidad de New Hampshire, donde continué mis estudios de ingeniería durante un semestre, al tiempo que tomaba otros cursos en humanidades y ciencias sociales, para confirmar que mi vocación estaba del lado de éstas.

En los Estados Unidos existe un sistema universitario que basa una de sus orientaciones fundamentales en lo que llaman artes liberales. Entienden que el estudiante es joven y no conoce su vocación, así que le prestan herramientas básicas, como el estudio de las matemáticas, la biología, la historia, la tradición cultural de occidente, inglés y literatura y otro idioma, junto con la opción de tomar cursos en diferentes áreas, para que encuentre lo que se ajuste más a sus intereses, de tal modo que cada cual construye su

propio sistema de estudio y aprendizaje. Esto se aplica a las artes y a las ciencias sociales, pasadas las cuales se pueden hacer postgrados en derecho, economía, artes plásticas, actuación, etc., que es cuando el individuo se especializa a fondo y emerge como un maniático de su profesión.

Tomé cursos de historia y sociología que, conjuntamente con los de filosofía y economía, fueron desarrollando en mí capacidades analíticas y de síntesis, más de las últimas que de las primeras, que después me sirvieron para pensar la sociedad colombiana y su historia económica. En un curso de filosofía de la religión escribí un ensayo que el profesor me indujo a leer en clase, lo cual comenzó a revelarme que tenía alguna capacidad para la escritura, aunque no tomé conciencia de ello hasta mucho más tarde. Me gradué en 1967 y me fui a hacer un postgrado en economía en el New School de Nueva York.

El New School era una escuela con orientación social-demócrata pues, en sus orígenes, acogió a los emigrantes desplazados por el fascismo europeo. Era una escuela con una inclinación política bastante inusual en el contexto norteamericano. Contaba con una facultad que incluyó alguna vez a Claude Levy Strauss y Adolph Lowe, a colegas fenomenólogos de Husserl como Hans Jonas, y más tarde a Hannah Arendt. En mi momento estaba allí Lowe, quien había diseñado unos esquemas de reproducción, basados en los de Marx, pero que incluían unas nociones precisas de ahorro e inversión y que introducían un sector Ia que era productor de maquinaria pesada o máquinas para hacer máquinas, seguido de uno Ib que producía maquinaria ligera y el tradicional departamento II de medios de consumo. Fue a partir de este conocimiento que pude criticar en forma contundente los esquemas de reproducción de Arrubla que tanta aceptación habían logrado en el público lector de *Ensayos sobre el subdesarrollo colombiano.* Tomé cursos con Robert Heilbroner, quien era un buen escritor y se hacía entender por un público amplio, y creo que de él aprendí eso, aunque yo era un crítico duro de todo lo que él escribía.

Me acuerdo de haber leído febrilmente el libro de Arrubla en 1969 y haber escrito las ecuaciones de la reproducción simple y ampliada con un sector Ia que intercambiaba exportaciones por maquinaria liviana y otro Ib que elaboraba materias primas, bienes intermedios y maquinaria primitiva, de tal modo que el bloqueo arrubliano se despejaba con un nivel adecuado de exportaciones. Tenía entonces 26 años y esa fue quizás una de las pocas ideas originales que tuve y que apliqué más adelante para debatir a fondo contra la teoría de la dependencia y del desarrollo del subdesarrollo.

EL DEBATE SOBRE EL PROBLEMA AGRARIO Y LA DEPENDENCIA

A mediados de 1970 llegué a trabajar con la editorial La Oveja Negra, y como profesor de cátedra en la Universidad Nacional. En 1972 me destituyeron de mi posición académica junto con otros 50 profesores, incluyendo a Antonio García. Trabajé en el DANE desde 1971 en el Seminario de Problemas Colombianos, Seprocol, junto con Gabriel Misas, Alberto Corchuelo, Soledad Ruiz, Jorge Villegas y Camilo González Posso, bajo la dirección de Bernardo García. Se realizaba allí un trabajo académico muy empírico sobre industria, historia y sociedad. A mí me correspondió organizar todas las cifras disponibles sobre el sector agropecuario con el fin de analizar su desempeño económico, lo que terminó siendo un vasto trabajo en que duré tres años. De ahí salió el libro *El desarrollo de la agricultura en Colombia*, en un ambiente en el que el problema campesino ocupaba todas las energías de la izquierda.

Mi primer aporte a la discusión política fue un artículo llamado "La teoría marxista de la renta del suelo", que apareció en 1972, aunque había circulado profusamente en forma mimeografiada desde 1970. Ese artículo sirvió de base para la discusión sobre cuáles eran las vías de desarrollo capitalista: la vía basada en la pequeña propiedad, tipo granjero norteamericano, o la vía de la gran propiedad, como había sido el caso de los aristócratas terratenientes alemanes, los junquer, bajo una alianza con la burguesía. El trabajo que hice en el DANE estuvo organizado entonces por las variables que se derivan de la teoría marxista de la renta, de las formas de producción (arrendatarios serviles, aparceros, pequeños propietarios y arrendatarios capitalistas), y también fui influido por el libro de Lenin El desarrollo del capitalismo en Rusia.

Leí mucho sobre historia de la agricultura, como un trabajo del historiador inglés Habakkuk[1] que hacía una comparación del desarrollo tecnológico de EEUU e Inglaterra en el siglo XIX. Mientras que en Estados Unidos había una situación virtuosa basada en un reparto democrático de la tierra, con una consecuente escasez de mano de obra que incidió en que los salarios fueran altos y que la mecanización fuera intensa, en Inglaterra había un ejército de reserva grande, los salarios eran bajos y menores los incentivos

---

1 *American and British Technology in the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, 1967.

a introducir el cambio técnico, de tal modo que inventos ingleses no se utilizaban en Inglaterra pero sí resultaban rentables y se aplicaban en Estados Unidos. En Colombia los bajos salarios no serían un factor que presionaría el cambio tecnológico. También leí a Esther Boserup[2], para entender la relación entre demografía y desarrollo. Por lo demás, absorbí un trabajo neoclásico de Albert Berry[3] –su tesis doctoral– que me sirvió como base con sus series estadísticas ente 1950 y 1965, series que luego conformé hasta los 70, pero descartando sus productividades marginales y reemplazándolas con variables más realistas. Todas estas influencias le prestaron a este trabajo un carácter ecléctico, abierto, y lo salvaron de ser considerado un texto dogmático, lo que le ganó aceptación dentro de muchos sectores.

Escribí un primer capítulo histórico sobre el siglo XX, en términos de los cambios más importantes que habían tenido lugar en la agricultura, en parte promovidos por los movimientos campesinos y sociales, para lo cual me resultó muy revelador el trabajo de Albert Hisrchman sobre reforma agraria en Colombia: sobre cómo había sido el desarrollo a principios de siglo, cómo se había acelerado después de la Segunda Guerra mundial, en fin, de cómo estaba cambiando todo, lo cual era una demostración que iba en contra de la creencia, muy extendida en ese momento, de que no había ni desarrollo ni cambio económico en el Tercer Mundo, creencia sostenida por la Teoría de la Dependencia. Ésta informaba que América Latina estaba estancada, que no tenía futuro. Encontré que era una discusión similar a la que se había dado en Rusia a principios del siglo XX con los Narodnik (populistas), que creían que el capitalismo no podía desarrollarse en Rusia, y los Bolcheviques, que sí creían y eran testigos de que lo estaba haciendo con mucha rapidez, lo cual me resultó bastante aleccionador.

El debate en Colombia tuvo lugar en una forma ortodoxa, basada más en los clásicos del marxismo que en los textos dependentistas, aunque el trabajo de Arrubla había tenido un gran impacto y su libro alcanzó a tener unas 10 re-impresiones. Mi crítica a Arrubla apareció en mimeógrafo en 1971, pero en *Ideología y Sociedad* (No. 10) sólo en 1975. La razón de la demora fue política: militaba en el Bloque Socialista y éste consideraba a Arrubla como uno de sus pilares, así que mi crítica fue considerada interna y constructiva. Pero en una publicación del Partido Comunista de 1973 apareció un trabajo de Nicolás Buenaventura, "Polémica de

---

2 *Las Condiciones para el Desarrollo Agrícola*. Editorial Tecnos, Madrid, 1972.

3 *The Development of Colombian Agriculture,* Yale University, 1973.

historia contemporánea", contra Arrubla, que se basaba extensamente en mi trabajo, así que revisé éste y decidí publicarlo con una nota agresiva contra Nicolás. El artículo originalmente impresionó bastante pues era una crítica sólida tanto desde el punto de vista teórico como empírico y destacaba lo que estaba sucediendo en la industria, la agricultura, las exportaciones y cómo, en general, Colombia había vivido un desarrollo capitalista muy intenso desde la segunda posguerra. Creo que fue Jorge Orlando Melo quien dijo que esa fue una crítica eficiente porque debilitó el paradigma de la teoría de la dependencia en el país, y las ciencias sociales estuvieron menos trabadas por esta orientación que después se derrumbó por doquier.

El grupo de discusión en el DANE fue muy productivo pero era heterogéneo y se desintegró cuando en 1974 el péndulo político nacional se inclinó hacia la izquierda: algunos de sus integrantes se fueron a la Universidad del Valle, y yo fui reintegrado a la Universidad Nacional en 1975, ahora como profesor de tiempo completo. Al DANE no le interesaba tanto la investigación que no fuera estadística y nosotros estábamos haciendo trabajos que sólo interpretaban los datos; era obvio que el DANE no tenía por qué hacer el análisis de la sociedad colombiana. Sin embargo, el trabajo sobre la agricultura estaba hecho, lo había publicado en cuatro entregas en la revista del DANE y más adelante en 1978 lo reorganicé y publiqué en forma de libro con Carlos Valencia Editor, bajo el título *El desarrollo de la agricultura en Colombia.* Le escribí entonces un prólogo radical que deterioró la seriedad inicial del libro.

En 1977 publiqué un libro con la editorial del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), *Ensayos sobre el desarrollo capitalista dependiente*, que contenía la crítica a Arrubla, un balance de las teorías sobre el imperialismo en Colombia, una crítica desaforada contra Lauchlin Currie, la cual hoy considero injusta y desenfocada, y una crítica al dirigente argentino del PST, Nahuel Moreno, que preanunciaba mi abandono de la militancia con esa organización. Había recibido una oferta de una editorial mexicana para sacar dos pequeños libros con algunos de los ensayos, pero la militancia me obligó a otorgarle los derechos a esta editorial partidista. Lamentaba haber perdido mi gran oportunidad de ser publicado fuera del país, pero después tuve más oportunidades. El libro tuvo una re-impresión por la Editorial Oveja Negra en 1980, pero dejó de existir posteriormente.

LA REFORMA ACADÉMICA EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL

En la Universidad Nacional iniciamos una reforma académica que cambiaba una estructura curricular que era muy heterogénea, que no sabía si quería formar un economista, un abogado, un contador o un administrador de empresas, por lo que era muy profusa, viéndose 9 o 10 materias por semestre. Pasamos a una estructura más sencilla y concentrada en la economía, de 5 materias por semestre, con tres vertientes teóricas: neoclásica, marxista y keynesiana. Se eliminó todo lo que fuera redundante, pero se buscó que hubiera un par de historias económicas, que se propiciara algún conocimiento de las otras ciencias sociales, y que se ofreciera una mejor formación matemática, pero en este último aspecto no hubo un buen desarrollo. No había el inglés porque era el idioma del imperialismo.

Durante el debate de la reforma académica en Economía había un grupo de profesores que habían sido estudiantes de Currie. Éste había sido el verdadero padre de la reforma académica, planteándola en su librito de 1965, *La enseñanza de la economía en Colombia*, pero los profesores mencionados no entendían bien las concepciones académicas de este pensador. Yo las entendía mejor porque Currie estaba tratando de implementar lo que yo había vivido en mis estudios de artes liberales en Estados Unidos, y porque me ayudaba el hecho de haber estudiado filosofía, historia, otras ciencias sociales y matemáticas, bajo una concepción abierta que incentivaba la curiosidad.

La concepción que había detrás de la reforma no era estrictamente liberal sino de izquierda, opuesta en cierta medida al libre albedrío, y era profesionalista porque especializaba de una vez a los estudiantes en Economía. Bajo esa roforma, los estudiantes no tenían movilidad en los distintos campos del saber, no contaban con facilidades para construir su propio derrotero y confirmar si su verdadera vocación era la economía, no había vasos comunicantes entre los distintos programas de ciencias humanas pues se trata de feudos celosamente guardados. Tratamos entonces de ofrecer esas materias dentro del departamento de Economía, que no era la mejor idea. Los estudiantes, en consecuencia, no tenían que enfrentar otras disciplinas distintas, que les hicieran pensar un poco más, a través de la historia, de la ciencia política o de la filosofía, o que fortaleciera su capacidad de formalizar matemáticamente los problemas económicos. La reforma terminó reafirmando el profesionalismo pero cabe destacar que inició un laboratorio

para los estudios de historia y de economía colombianas que todavía logra despertar la curiosidad y el interés de muchos estudiantes.

Los estudiantes de Economía tienen que estudiar historia económica, desarrollar su curiosidad y estar tomando decisiones de elección de temas, pero eso no se pudo cambiar; ese esquema no funciona ni en la Universidad de los Andes que trata de seguir el modelo anglosajón y no lo logra; esto último, creo yo, porque la cultura local es todavía anti-liberal.

DE "ECONOMÍA Y NACIÓN" A "EL DESARROLLO TARDÍO DEL CAPITALISMO"

La pretensión de hacer un historia económica del país la habían emprendido varios intelectuales a finales de los años 60, dentro de un esfuerzo importante de comunicar el país con la cultura occidental; hubo un esfuerzo por Mario Arrubla y Estanislao Zuleta, de cuyos borradores surgió la que escribió Alvaro Tirado, *Introducción a la historia económica de Colombia,* pero ellos mismos no la emprendieron. Yo era vecino de Jorge Orlando Melo en 1970, había entrado a trabajar en la Editorial Oveja Negra con su hermano Moisés Melo, y éste me cedió su apartamento en la Candelaria. Con Jorge Orlando conversamos muchas veces y con base en las pocas lecturas de historia que había hecho elaboré unas hipótesis de trabajo sobre la Colonia, se las mostré y él me hizo muchas correcciones, me facilitó bibliografía, y a partir de ese esquema empecé a trabajar lentamente sobre el régimen agrario durante la Colonia. Era algo que hacía simultáneamente con mi investigación en el DANE sobre el desarrollo agrícola contemporáneo, así que contaba con un punto de llegada, y fui llenando poco a poco los vacíos que restaban en el proceso de elaborar una historia agraria de Colombia.

Economía y Nación me tomó 15 años de trabajo pues su fecha de publicación es 1985. De alguna manera, todo lo que hice en este período traté de relacionarlo con este proyecto, que me ocupó muchos fines de semana; asimismo, aprovechaba los cierres frecuentes de la Universidad Nacional para adelantarlo. El régimen agrario durante la colonia lo publiqué en 1973, también en Ideología y Sociedad, creo que fue la No. 13, que también traía un ensayo de Jorge Orlando Melo y que marcó un récord para una revista de ciencias sociales, pues se tiraron 5000 ejemplares y se vendieron todos. Mario Arrubla, obrando con una gran generosidad para quien lo había criticado, me pidió un artículo para *Colombia Hoy* en 1977, en el que pude elaborar con más cuidado la evolución agraria durante el siglo XX. Ese libro

también se convirtió en uno de los más vendidos en el tema de las ciencias sociales en el país. Jaime Jaramillo Uribe me invitó a que hiciera la parte correspondiente al régimen agrario durante el siglo XIX para el *Manual de Historia de Colombia*, lo cual acabó colándome entre los mejores historiadores colombianos. Me quedaban vacíos como el de la independencia de España o el período de 1900 a 1925, vacíos que llené en los ochenta en el Cinep, apoyado por una media beca de Colciencias. En la Universidad Nacional no había herramientas para investigar, pero en el Cinep pude conseguir algunos recursos que me faltaban para completar *Economía y nación*, el cual me llevó otros cuatro años de redacción.

Cuando estaba a punto de terminar la redacción, me di cuenta que lo realizado era más que una historia agraria de Colombia y que, incluyéndole el desarrollo de la artesanía, el desarrollo industrial y el de la minería, conformaba una historia económica de Colombia. En el subtítulo puse "una breve historia de Colombia", cosa que algunos celebraban como un chiste en un libro que tenía más de 500 páginas. Precisaba, sin embargo, que era un trabajo basado en fuente secundarias, excepto para el período del siglo XX, y que era una síntesis de historia.

En 1979 y 1980 fui invitado a la Universidad de Sussex en Inglaterra, y allí pude refinar mis críticas a la teoría de la dependencia. Pretendí generalizar el debate sobre la crítica de la teoría de la dependencia pero con su mayor exponente, André Gunder Frank; también había leído sobre las ideas de la protección en la escuela histórica alemana y en Friedrich List; leí la crítica de Marx a List, y pude elaborar con mayor cuidado los esquemas de reproducción ampliados que ya tenía listos en 1970. En 1983 ese trabajo fue publicado por Siglo Veintiuno Editores como *El desarrollo tardío del capitalismo*, en un sentido diferente al señalado por un autor trotskista, Ernest Mandel, para quien el capitalismo tardío era el contemporáneo, en decadencia. Para mí significaba simplemente el haber llegado tarde al desarrollo capitalista. En este trabajo no hay una visión nueva, sino una sistematización de todo lo que había pensado sobre los debates del desarrollo capitalista, el desarrollo agrícola y la historia económica; sobre cuándo podría haber crisis del desarrollo o si esas crisis eran permanentes o cíclicas.

Mientras el debate teórico se mantuvo muy cercano a la política hubo una audiencia de miles de jóvenes que se tornaron en ávidos lectores e intelectuales en los años setenta, dentro de una polarización muy fuerte. En la medida en que fui dando más argumentos teóricos, filosóficos y haciendo más compleja la formalización matemática de los esquemas, que no iba más allá del álgebra,

fui perdiendo audiencia. Experimenté lo que llaman "la soledad del corredor de larga distancia", cuando no hay espectadores a la redonda. Al libro se le hicieron algunas críticas en América Latina, pero en lo interno hubo pocas reacciones, porque el sistema académico y el nivel de debate eran simples, estaban ideologizados, politizados y ya en un terreno de mayor complejidad teórica no existían interlocutores para el debate. Recordaba que cuando saqué la crítica a Mario Arrubla cayó como una bomba, explotó en medio del debate ideológico, y la gente veía en esa crítica algo muy completo, coherente, y la devoraba. Pero cuando hice una elaboración más detallada y analítica, ahí se acabó la posibilidad de avanzar en el debate público.

Tuve la experiencia de que en Europa estaba muy en boga la teoría de la dependencia, pero me sentí muy aislado, porque el grupo que la sostenía se sentía misionero y se creía dotado de la verdad sobre el subdesarrollo del Tercer Mundo. Encontré sin embargo gente interesante en Inglaterra con posiciones similares a las mías, como Bill Warren, algunos otros de la revista *New Left Review* que no compraban la teoría de la dependencia por lo simple que era, también porque era poco marxista, y nos entendimos bien en el debate; pero ellos eran una minoría.

No hemos podido desarrollar muchos grupos de debate en la vida académica colombiana, aunque su formación es posible en la Universidad Nacional, donde los profesores tienen pocas opciones de trascendencia y hacen estudios en los propios postgrados de la Universidad, como fuera el grupo de matemáticos y físicos que se congregó en la maestría de filosofía en los años ochenta (Mockus, Charum, Chaparro, Granés). En 1987 armamos un grupo con Fernando Tenjo, donde estudiamos autores postkeynesianos como Hyman Minsky, Alfred Eichner, Paul Davidson y Victoria Chick, entre otros. Ese grupo de debates sirvió para introducirme más en temas de teoría monetaria y macroeconomía, quizás me preparó un poco para entrar al Banco de la República, pero de ahí no salió tampoco un trabajo grande e importante (sólo un ensayo con Fernando Tenjo sobre la crisis financiera de 1985 en una perspectiva mynskiana). El seminario, sin embargo, fue fundamental para el grupo de estudiantes de la maestría que participó en él (como Jorge Armando Rodríguez y Mario Aranguren).

El libro de *Historia de Colombia Grado 9* lo hice con Sylvia Duzán en 1986 y fue una propuesta que me hiciera Samuel Díaz, en ese entonces de Editorial El Cid, para llevar al bachillerato una versión simplificada de *Economía y nación*. Los historiadores tendían a sacarle el cuerpo a la aplicación elemental de sus trabajos, y yo lo entendí como un desafío muy interesante

y además rentable. Al día de hoy no conozco su impacto y resultados pedagógicos. Me he encontrado jóvenes que me dicen que les ayudó a entender al país. Pero no estoy seguro de si fue muy complejo para los maestros, y nunca hice la experiencia de tener un grupo de jóvenes de 14 años que lo estudiara para recibir su retroalimentación. Después, el ministerio cambió el programa de ciencias sociales en bachillerato dividiéndolo por etapas históricas, así que el texto fue desmembrado por grados y quedó hecho un "masacote". Es un proyecto que me queda por hacer: una introducción a la historia económica de Colombia re-interpretada desde un enfoque institucional, pero que tenga un ámbito amplio de circulación, incluyendo estudiantes de bachillerato.

Cuando apareció el texto escolar mencionado, se produjo una intensa controversia. La Academia de Historia dictaminó que no debía ser utilizado en los colegios, según una vieja atribución que tenía de velar por los contenidos de los textos de historia en todo el sistema educativo. *El Siglo* editorializó en el sentido de que una persona con sangre judía, apátrida en su esencia, no podía escribir la historia patria de Colombia. Yo repliqué que no había escrito una historia para exaltar a los mártires y dirigentes patrióticos sino una historia económica. Lo cierto es que la publicidad propulsó las ventas y el libro fue conocido por más maestros, que lo adoptaron como texto para sus cursos. También escribí un par de ensayos sobre la nueva y la vieja historia, que aparecieron en "Lecturas Dominicales" de *El Espectador*, donde hacía el balance historiográfico de la academia y el de los profesores universitarios.

La Encrucijada de la Sin Razón apareció en 1989; recopilaba artículos periodísticos, publicados en revistas literarias, sobre temas más coyunturales. El libro está dividido en tres partes: una sobre violencia, otra sobre historia y una que llamé esotería, temas vedados a los especialistas. Hacía unas reflexiones sobre la economía de la violencia que hoy me parecen exageradas, sugiriendo que la política económica causaba violencia, sin entender que la violencia era un proceso mucho más político, que poco tiene que ver con medidas económicas, y más porque la oposición armada surge cuando las formas de oposición legal están cerradas. La violencia de los cincuenta era del gobierno conservador excluyendo a los liberales del poder, mientras que el M-19 se formó porque las elecciones del 19 de abril de 1970 fueron consideradas un fraude. La violencia no surgió precisamente por las políticas del gobierno en torno a salarios, no por la política económica, sino por el hecho de que la oposición no pudiera hacer política sin sufrir trampas o exponerse a la muerte.

Tenía un entusiasmo de tiempo atrás por Bob Dylan, quien fuera el profeta de los sesenta en Estados Unidos, cuando el cantante estuvo muy

inclinado a la política. Él tenía una visión desolada del modo de vida norteamericano y expresó el rechazo de la juventud a ir a pelear y morir en Vietnam. Dylan comenzó dentro de una corriente neo-folclórica, pero se pasó al rock. Los del "Magazín Dominical" de *El Espectador* me habían pedido un artículo sobre el tema, así que me puse a escuchar mi discografía y escribí un artículo sobre el rock colombiano y sus problemas. Eso también surgió de mi relación con Sylvia Duzán, que era una rockera entusiasta, lo que me revitalizó pues empecé a desarrollar actividades por fuera de la economía, como escribir de música o hacer textos para jóvenes de 14 años.

También escribí algo sobre Antonio García, en que lo relacionaba con los organicistas alemanes, List y Schmoller, quienes le dieron bases teóricas al proteccionismo. Un amigo psiquiatra, Simón Brainsky, me invitó a la sociedad de psicoanálisis para que disertara sobre Keynes y sus supuestos psicológicos. En el círculo de Blumsbery, John Strachey estaba traduciendo las obras completas de Sigmund Freud, y los manuscritos eran leídos por Keynes. Éste acogió varias de las categorías freudianas, desligándose de la psicología hedonista que dominaba la profesión en ese entonces.

SOBRE LA ESCRITURA

Siempre tuve muchos problemas para hablar; hacía largas pausas, silencios; de ahí creo que me viene la necesidad de escribir, de expresarme y también de perfeccionar el lenguaje. Siempre me pareció que la profesión de educador era muy agradecida pues los estudiantes lo recuerdan a uno como una figura importante en sus vidas. Y trato de que ellos también escriban y lean mucho. Una de las razones por las cuales he podido tener una buena carrera es quizás la habilidad de poderme expresar claramente y hasta con cierto ritmo que facilita la lectura. A veces creo que esa comunicación es una neurosis que establece vínculos con los que tienen un problema similar.

Tuve conciencia de esa habilidad de escribir cuando llegué a Colombia, aunque tenía problemas. Una vez Mario Arrubla me dijo "Usted estructura sus frases con la gramática inglesa", y me señaló varios errores que cometía sistemáticamente. Entonces me pregunté: ¿cómo escribo yo? ¿cómo me ven los demás? Comencé a tratar de absorber la literatura española, leí el Quijote, viendo cómo era la estructura de las frases, observando que éstas eran mucho más largas que en la literatura anglosajona. Conservé, sin embargo, el estilo directo. Aprendí mucho del periodismo radical que hice en Estados Unidos y después aquí, en Colombia. Para que a uno lo lean, la primera frase es

fundamental, debe ser contundente, y es necesario hacer algo similar con el ensayo: lo que voy a plantear trato de hacerlo muy escuetamente y de forma atractiva, invitanto al lector a que siga, que va a estar muy interesante.

Inconscientemente la lectura enriquece el vocabulario, da un ritmo, y solamente se puede conectar el ritmo a la redacción cuando ya se ha redactado mucho, cuando se está en la tercera o cuarta versión, aunque a veces ello no es posible porque hay que presentar cifras; en la cuarta redacción el trabajo adquiere una cadencia, se puede introducir una catarsis, un desenlace; hay herramientas de la literatura que después de escribir asiduamente se hacen más accesibles.

Para los estudiantes es importante leer y escribir mucho, no existen atajos; todo lo que se lea es bueno. Leer literatura desarrolla al individuo, le presta un vocabulario sin que él se dé cuenta, le da unas herramientas. En cuanto a los maestros, éstos deberían hacerles grandes exigencias de lectura y escritura a los estudiantes. Un muchacho que pase cuatro años por una universidad y nunca haya escrito un ensayo refleja un fracaso del sistema.

HACIA EL NUEVO INSTITUCIONALISMO

Antes de llegar al Banco de la República, entre 1990 y 1993, no hay nada: está el duelo prolongado por Sylvia, una especie de limbo, en la que no sabía si quedarme en el país o marcharme. Finalmente acepté ser decano de la Facultad, y ésta me dio un propósito, la tarea de impulsar el desarrollo administrativo de Ciencias Económicas. En esta época sólo escribí algunos artículos sobre narcotráfico; no hay entonces un trabajo destacable.

Entré al Banco Central en 1993. Vivía muy tenso con la enorme responsabilidad constitucional de reducir el nivel de inflación y de buscar la estabilidad macro-económica, y eso me conservatizó bastante, fuera de que habían economistas neoclásicos muy buenos trabajando en investigaciones económicas o que eran codirectores, lo que representó para mí un gran desafío. Ello me permitió distinguir la teoría que tenía aplicación y la que era especulativa. Descarté entonces a varios de los postkeynesianos, excepto Minsky, que siguió siendo relevante.

Si no hubiera entrado al Banco no habría dado este viraje. Me siento muy privilegiado por ser exigido para hacer una buena política monetaria y cambiaria, tomar decisiones sobre la base de documentos técnicos bien elaborados, conocer investigadores que han pasado por doctorados muy exigentes, que desarrollan al máximo las habilidades analíticas, matemáticas y estadísticas o de ingeniería y teoría financiera. Antes me confortaba dentro

de la arrogancia izquierdista diciendo que esos investigadores eran neoclásicos y neoliberales equivocados, que no servían de mucho, pero llegué a entender que el Banco Central hace muchas cosas que son complejas y de buena calidad. Estos profesionales hacen trabajos que tienen que ver con la realidad, tienen que hacer operaciones económicas y financieras, tienen que calcular las expectativas de los mercados, y si lo hacen mal se pierde mucha plata; y lo cierto es que no fallan la mayor parte de las veces.

En 1995 alguien me envió desde Cúcuta una revista venezolana en la que aparecía un artículo de Douglass North sobre el atraso latinoamericano que captó mi atención. La lectura de North me llevó a encontrar un nuevo equilibrio ideológico: podía mantener lo que había hecho y darle una nueva dirección, dejar atrás los planteamientos marxistas pero insistiendo en mis antiguos temas de economía política, reforma agraria, tributación, democracia y representación. Fue una revelación ya que me llevó a absorber lo que se había hecho en las ciencias sociales en los últimos 20 años. La teoría de juegos había formalizado situaciones que no requerían de los supuestos de la competencia, al incluir agentes que tenían comportamientos estratégicos y enfrentaban a otros agentes con sus propios designios; había además quejas sobre los supuestos del agente racional que después amplié leyendo el trabajo de Jon Elster. Y había surgido una teoría de la información imperfecta, temas como los de agente principal, acción colectiva y el problema del oportunista. Los viejos institucionalistas plantearon que la conducta de las personas surge de las costumbres y los hábitos, y menos de su racionalidad individual, lo cual fue recogido por North para impulsar el nuevo institucionalismo. Haber insistido en Marx y estar en un país con poco desarrollo científico me había cerrado los ojos a estas novedades importantes en las ciencias sociales.

Se habían modificado profundamente los paradigmas de las ciencias sociales y había retomado importancia la teoría darvinista sobre ellas, algo que no tuvo muy en cuenta la teoría neoclásica, pero que resurgió con fuerza con el neoinstitucionalismo. Los comportamientos de los agentes se basan de alguna manera en la defensa de sus territorios y de sus crías, pero además está el comportamiento estratégico que puede llegar a ser oportunista. Eso genera equilibrios inestables entre los agentes y hace que algunos renieguen de sus compromisos, fenómeno que es extremadamente útil para pensar el desarrollo económico del Tercer Mundo. Ha surgido pues un nuevo institucionalismo con la teoría de la información imperfecta, con la teoría de los contratos, la teoría de los costos de transacción y la integración de la economía con el derecho y con otras ciencias sociales.

El libro *Las Instituciones y el Desarrollo Económico en Colombia* es muy denso. Los primeros dos ensayos fueron unas conferencias que dicté en la Universidad Nacional, reflexiones sobre la teoría institucional y su concepción de la historia, al margen de las labores de banquero central. Tengo que aclarar que las facilidades en el Banco para un investigador son muy generosas pues existe el acceso a la biblioteca y a las revistas especializadas; además, hay buenos grupos de discusión, que están avanzando en direcciones que mejoran el trabajo que uno esté elaborando. El banco me facilitó absorber esta nueva bibliografía institucional que apliqué, entre otras cosas, para enfrentar el desafío a su independencia por parte de la primera Corte Constitucional y de algunos presidentes; pude reflexionar sobre el sistema legal y su efecto sobre el comportamiento económico. Pero también elaboré nuevos trabajos sobre las instituciones en la historia colombiana, sobre la ausencia de liberalismo en esa historia, sobre la economía política de la fiscalidad, y no faltó un análisis del programa económico de las FARC, que fuera escrito antes de que se iniciaran las conversaciones de paz bajo la administración Pastrana y que conserva su frescura al día de hoy.

El artículo apareció originalmente en una pequeña publicación de coyuntura pero fue reproducido por *Portafolio* y después por *El Tiempo* de manera incompleta, lo que le quitaba coherencia y perjudicaba el empeño de presentar el programa, criticarlo, describir los riesgos morales que se desprendían de su relación con el narcotráfico y el recurso al secuestro, establecer las opciones socialistas al final del siglo XX y manifestar la prevención de que, si ganaban la guerra, cosa que yo sabía no iba a suceder, las FARC no fueran a organizar un Estado autoritario siguiendo el modelo de Corea del Norte ni se relacionaran con el resto del mundo a partir de un Estado narcocriminal como el de Birmania. Hubo una respuesta de *Voz* en la que alcancé a contar 28 adjetivos sin ningún argumento, y también una de las FARC que apareció en *Resistencia* bajo la firma de Vladimir Plekanov, con el título de "Camaleón Kalmanovitz"; ésta por lo menos discutía con argumentos el problema de la descentralización, la reforma agraria y el modelo económico. Parece ser que la respuesta fue promovida por Cano, pero uno nunca sabe. Lo de camaleón lo respondí recurriendo al escrito de Isahias Berlin "El erizo y la zorra", diciendo que me identificaba con la versatilidad de la zorra que no con el dogma encompasante e inamovible que representa el erizo estalinista.

El libro *Ensayos sobre Banca Central en Colombia* publicado en octubre de 2003 continúa el camino abierto por el libro anterior sobre las instituciones. Hay en él más aplicaciones a temas como la independencia del

Banco, en lo que está muy influido por el artículo de Douglass North y Barry Weingast sobre Constituciones y compromisos.[4] La independencia de la Justicia, y la del banco central, junto con la inmunidad del Congreso de la República, son los pilares de las instituciones democrático-liberales. Esa separación de poderes no era evidente en la carta de 1886, asomó en las reformas de 1910, pero sí se introdujo con más énfasis en la de 1991. El ejecutivo resultó debilitado, pero todavía es notorio el poder de la Presidencia en la tradición centralista colombiana y en la práctica política. Aunque la injerencia de otros poderes está limitada y el ejecutivo no puede abusar ni de la emisión monetaria ni del crédito público, hay frecuentes incursiones de algunos congresistas y del mismo Presidente hasta en los instrumentos del Banco de la República. La constitución fortaleció mucho a la Corte Constitucional, lo cual es muy positivo para limitar abusos de la presidencia y el legislativo pero también ha limitado seriamente la independencia del banco central colombiano, interviniéndolo en los detalles de la regulación del crédito hipotecario, con un desconocimiento abismal del mercado financiero de vivienda, que ha sido bastante atrofiado.

El Banco Central debe ser entendido como uno de los poderes que limitan los posibles abusos del ejecutivo para financiar inflacionariamente sus gastos. Los economistas no lo entienden como un problema político sino como un problema de intertemporalidad: el gobierno tiende a abusar de la emisión porque sólo piensa en el corto plazo, mientras que el banquero central está ahí para hacer política de largo plazo. Otros economistas debaten si la inflación es exclusivamente un problema de excesos monetarios. Pero el banco central está inmerso en relaciones políticas. Así, las hiperinflaciones latinoamericanas han sido resultado del financiamiento de los déficit fiscal y del gasto público desbordado, detrás del cual está el conflicto entre industriales, exportadores y trabajadores. En la colección tengo un artículo sobre el Banco Nacional entre 1880 a 1900 que fue un banco muy abusivo, muy opuesto al sentido democrático liberal, que es ser banco de bancos, responder frente a una crisis financiera (ser prestamista de última instancia) o proveer una liquidez adecuada a la economía. El invento de Caro fue para financiar al gobierno y sus guerras contra los liberales, a costa de los intereses de la sociedad. Sin embargo, algunos

4 North, Douglass, Barry Weinsgat (1996). "Constitutions and Commitment: the Evolution of Institutions Governing Public Choice in Seventeen Century England", en Lee J. Alston, Thráinn Eggertsson, Douglass C. North, *Empirical Studies in Institutional Change*, Cambridge University Press, Cambridge.

consideran a Caro como un antecesor de Keynes y otros justifican su intervencionismo tan abusivo.

También hay en este libro un ensayo escrito con Mauricio Avella sobre el Banco de la República desde su fundación. Entre los temas tratados, está la otra gran reforma financiera conservadora de 1951 que reprimió de nuevo al mercado financiero e impidió la conformación de mercados de capital profundos, al obligar al Emisor a prestarles directamente y con tasas subsidiadas a ciertos grupos y empresas con influencia política. North dice algo interesante al respecto: lo que diferencia a un país desarrollado de otro atrasado es la incapacidad del segundo para desarrollar y regular adecuadamente mercados complejos, como el financiero. Pero aquí hay campañas conservadora-socialistas que buscan maniatar al sector financiero, facilitar que los deudores no paguen, y que al tiempo acusan a los banqueros de usureros y pretenden pasarlos a los tribunales de la nueva inquisición.

Los dos libros fueron editados por Moisés Melo que trabajaba ya para Editorial Norma. Él me había ofrecido un contrato en 1969 cuando yo estaba en Nueva York para venir a trabajar con la Editorial la Oveja Negra. Treinta años más tarde tuvimos la satisfacción de trabajar de nuevo juntos.

REFLEXIONES POLÍTICAS

A veces la gente me pregunta por qué he cambiado tanto y me acusan de mostrar una evolución incoherente del marxismo al liberalismo y al nuevo institucionalismo. Hay ciertos temas en los que he mantenido una posición consistente en más de 30 años de vida pública: sobre la propiedad agraria en el país y sobre el sistema tributario; mantengo asimismo la voluntad de adelantar la democracia. Antes se trataba para mí de hacerlo de manera revolucionaria y despótica, ahora se trata de lograrlo en forma consensuada. Sigo pensando que la democracia que tenemos es limitada, muy precaria, basada en un sistema de grandes apropiaciones individuales de tierras públicas que fueron injustas y generaron muchas ineficiencias económicas, y que se reflejan en un sistema fiscal pequeño, mezquino, donde la política continua montada sobre el clientelismo. Esas ideas que antes estaban en un esquema radical continúan, pero dentro de una estructura más liberal. Entonces, me encuentro tratando de construir una política sobre las bases del esquema democrático, lo que implica una tributación más alta y la igualación de oportunidades.

En la Universidad Nacional tuve un encuentro con Antanas Mockus en 1987, cuando él era vicerrector académico y me integró a un Comité

Asesor, un grupo de trabajo en donde participaban, entre otros, Rubén Jaramillo, José Granés, Guillermo Páramo y José Luis Villaveces. Las discusiones fueron sobre la relación universidad y mercado, universidad y sociedad. Habíamos tenido la experiencia en la Facultad, con la decanatura de Juan José Echavarría y el montaje del Centro de Investigaciones para el Desarrollo, y de esa experiencia se derivaba que había que tener una relación con el mercado, porque el mercado expresaba mal que bien necesidades sociales. Los centros de investigación, las consultorías, los cursos de educación continuada, los postgrados eran servicios a la comunidad que le reportaban ingresos a las facultades. Eso era muy mal visto en la Universidad donde el auto-financiamiento era acusado de neoliberal y se afirmaba que había que luchar hasta la muerte por el presupuesto público. Se comenzó a cuestionar entonces esa visión del mercado como una perversión y de la universidad aislada de la sociedad, pero en realidad ordeñándola. Se trataba de una relación malsana con la sociedad, que pagaba los impuestos que nos sostenían, pero nos rehusábamos a retornarle servicios tecnológicos y científicos. ¿Qué tal que el mercado emitiera buenas señales? Dábamos el ejemplo de los grupos de feministas que hacían publicaciones, conferencias y seminarios, cobraban y se les inscribían muchas mujeres. Concluíamos que había un mercado para unas ideologías feministas que era progresivo socialmente, por contribuir a la igualdad de oportunidades. ¿Por qué se dice que el mercado es siempre malo? Se trataba de una equivocación elemental.

Las reformas con Antanas de rector se orientaron a fortalecer la universidad con base en sus propios ingresos, ya fuera por investigación o consultoría, haciendo que los estudiantes de clase media pagaran matrículas acordes con sus ingresos. Al contrario de lo que predecían los radicales, el gobierno le entregó más plata a la institución cuando entendió que ella complementaba el presupuesto público de manera importante y le prestaba más servicios útiles a la sociedad. Era también un debilitamiento del centralismo que caracterizaba a la UN, entregándoles más iniciativas a las facultades y departamentos. Hubo a partir de entonces un florecimiento, por lo menos presupuestal, de la Universidad Nacional que pudo dotarse de equipos, revivir sus bibliotecas, mientras que el gobierno financió la construcción de nuevos edificios. Fue notable que las reformas mencionadas fueran auto-sostenibles, en el sentido de que administraciones de izquierda que vinieron después entendieron que su fortaleza y aceptación dependían de seguir impulsando el auto-financiamiento y el servicio a las comunidades.

Cuando Antanas Mockus llegó a la Alcaldía tenía en su equipo a varios del grupo asesor, y puso a Fabio Chaparro, profesor de Física de la UN, a cargo de la Empresa de Energía. Él fue una de las personas con quienes compartí las lecturas de Douglass North, que creo le ayudaron a concebir un esquema original de capitalización para tal empresa, que le reportó a Bogotá una nueva capacidad de inversión equivalente a US$2.500 millones. Pero a diferencia de las privatizaciones a ultranza, la mitad de la empresa es todavía del Distrito, aportándole a éste una renta anual de US$150 millones. El activo se valorizó, y hoy es una empresa muy eficiente y rentable, que incluso puede ser utilizada como garantía para el endeudamiento del Distrito. Chaparro murió desgraciadamente en un accidente de aviación.

Lo que se hizo en la Alcaldía estuvo orientado en algunas ocasiones por la visión institucional, otras por la idea de capital social o por la teoría de las emociones de Jon Elster. Antanas planteó la búsqueda de una Bogotá eficiente, de reducir los costos de transacción de las empresas y del comercio; además, había que buscarle soluciones propias al problema del transporte, ya que la ciudad estaba atascada. Antanas es una persona que comprende la utilidad de la teoría y de la filosofía, y logró una integración interesante entre ellas y la práctica. El tema de la seguridad y el de la resistencia civil los pensó muy cuidadosamente, con resultados alentadores. Hay un rigor grande en él para pensar teóricamente un problema, plantear los pasos que hay que avanzar en su solución e ir obteniendo resultados. Es un político que se plantea el largo plazo, que no se deja seducir por las encuestas y entiende que la sociedad colombiana requiere de un gobierno robusto financieramente, y que esto implica una tributación suficiente y progresiva que tiene que romper con las normas oportunistas que gobiernan la conducta de muchos ciudadanos y de la mayor parte de los políticos.

* * *

Ha sido, en fin, una época de mucho cambio la que he vivido. Me alegro de haber tenido la oportunidad de cambiar e involucrarme en este universo del Banco Central, que es mucho más grande y complejo del que se percibe desde la academia colombiana. He intentado hacerlo conocer con mis publicaciones y también dictando clases en la Universidad Nacional y en la Universidad de los Andes.

En el Banco hay un absorción del estado actual de la teoría monetaria y ya es muy tarde como para que yo me apropie de todo el aparato técnico, para

ponerme a la par con los profesionales del Banco que son muy proficientes en la formalización matemática y en los temas econométricos. Pero tengo detrás de mí una combinación de teorías y escuelas y de conocimiento histórico que me prestan una capacidad de análisis y un sentido común de que carecen los economistas muy especializados, que a veces pecan de ingenuidad.

Está en el horno un proyecto apoyado por Enrique López de escribir "La agricultura colombiana en el siglo XX". Es como volver a mis principios y ojalá que no sea un círculo vicioso. Se trata de un análisis sistemático del desarrollo económico del campo colombiano basado en una teoría de las instituciones y en la teoría del crecimiento endógeno. El libro sobre el desarrollo de la agricultura dejó de ser re-editado porque llegaba hasta el año 75, aunque en algún momento hice una revisión y expandí las series estadísticas hasta 1980, pero no es posible salvarlo como tal. Digamos que estamos tratando de revivirlo, remozarlo, desmenuzarlo, de hacerlo de forma muy distinta a como lo hice yo originalmente, con unas teorías más complejas y con métodos estadísticos más sofisticados, cubriendo un período de tiempo más largo. Este libro lo planeamos terminar en el año 2004. Cuando salga del Banco en enero de 2005 trataré de rehacer el texto de historia económica para el bachillerato que escribiera con Sylvia para que compita, por fin, contra el libro de Álvaro Tirado Mejía. Pareciera que estoy en una lucha permanente por resucitar mis libros muertos.

Obras de Salomón Kalmanovitz

- *Ensayos sobre el desarrollo capitalista dependiente*. Editorial Pluma, 1977.
- *El desarrollo de la agricultura en Colombia*. Carlos Valencia Editor, 1978.
- *El desarrollo tardío del capitalismo.* Siglo Veintiuno Editores, 1983.
- *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia*. Siglo Veintiuno Editores 1985.
- *Historia de Colombia, noveno grado*. Editorial El Cid, 1986. Con Sylvia Duzán.
- *La encrucijada de la Sin Razón y otros ensayos.* Tercer Mundo Editores, 1989.
- *Las instituciones y el desarrollo económico en Colombia*. Editorial Norma, Cali, 2001.
- *Ensayos sobre banca central en Colombia. Comportamiento, independencia e historia.* Editorial Norma, Cali 2003.